

¡Oh Jesús de mi corazón! Conozco mi impotencia para el bien obrar, mas todo lo puedo con Vos que confortáis mi espíritu. Y Vos, ¡Serenísima Reina del cielo! preparad mi corazón y disponedle para comulgar con una pureza semejante á la vuestra. Amén.

MEDITACIÓN XIV

Disposiciones para comulgar dignamente.

Imagina que el Salvador con rostro amoroso y la mano extendida te dirige desde el Sagrario estas cariñosas palabras: «Dame, hijo mío, tu corazón y Yo te daré el mío.»

Punto I.—Considera que, teniendo el cristiano necesidad de recibir la Santa Eucaristía, le precisa también disponerse convenientemente para percibir sus excelentes frutos. Pien- sa que la santidad de Jesucristo, N. S., exige gran limpieza de conciencia en el comulgante. Un Dios todo pureza, ¿gen- trará en un alma hedionda? Un Dios todo amor, ¿habitará en un corazón donde se agita el odio, la disensión y la gue- rra? Un Dios todo dadivoso, ¿dispensará sus favores á quien los rechace? He ahí por qué es indispensable en el cristiano que ha de comulgar el estado de gracia santifican- te; de lo contrario, tragaría, en frase del Apóstol, su pro- pia condenación. Pero, ¿te atreverías quizá con unos vesti- dos limpios y adornados arrojarte en inmundo lodazal ó en fétida cloaca? Pues, atiende que el que recibe al Sacramen- to en mal estado arroja al Señor en los mismos lugares.

Debemos estar exentos, no sólo de la culpa mortal, mas hemos de procurar evitar las faltas leves, que resfrían la caridad é impiden sobremanera el fruto del Sacramento. Para el efecto, bueno es armar el alma y el cuerpo de mor- tificaciones, venciendo las pasiones, aun las más ligeras, y ejercitarse en la oración. La caridad que mostró Zaqueo al entrar Jesús en su casa; la fe que tuvo el Centurión; la pie- dad de S. Pedro, al ser lavado por el Señor; y el fervor de

la Magdalena cuando lavó los pies del divino Maestro, son prácticas en que deberemos ejercitarnos antes de comulgar. Jesús viene á nosotros con las manos llenas de gracias, ¿las rehusaremos? viene á buscarnos, ¿le volveremos la espal- da? ¡Oh mi Jesús! gracias te doy por estos señalados fa- vores que me dispensas en la Comunión; quiero en adelan- te serte agradecido y llegarme á tu Mesa como el ciervo busca la fuente de frescas aguas para beber de tus dulzuras hasta saciarme.

Punto II.—La recepción de la Divina Eucaristía exige una total limpieza del individuo. No basta ser puros en el alma, aunque es lo principal, antes bien es menester procu- rar la pureza del cuerpo. He ahí por qué la S. Iglesia, re- gida por el Espíritu Divino, prescribe á los comulgantes el ayuno natural, que consiste en abstenerse de toda comida y bebida y medicina desde las doce de la noche anterior á la Co- munion hasta después de haber comulgado. Por cuanto que Je- sucristo, N. S., es ante todas las cosas, debemos preferirle á todos los hombres y á todos los seres y objetos del mundo; y al recibirlo sacramentado antes de haber ingerido nada en el estómago, denotamos que preferimos su Persona sa- grada á todo lo demás. Pondera, asimismo, que el decoro de este hermoso Sacramento exige gran honestidad y lim- pieza en el cuerpo y en el vestido del comulgante. ¿Por ventura se atrevería una persona sensata sentarse á la mesa del rey llevando el cuerpo y los vestidos sucios y desarre- glados? ¡Oh mi Jesús! que siendo tan puro exigís pureza inmaculada, que siendo tan bello pedís honestidad perfec- ta: os doy las más rendidas gracias por el estímulo que me dáis para que yo me porte con dignidad ante Vos y ante los hombres, y ayudadme para que no deje de practicar lo que mandáis, para que obtenga la recompensa que prometéis. Acércate á comulgar con aquella preparación que guarda- rías si tuvieras que comparecer ante la Personalidad visible de Jesucristo triunfante. Procura llevar el traje nupcial, no sea cosa que el Señor, en vista de tu descomedimiento, te arroje del Banquete sagrado para sufrir las torturas del co-

razón en esta vida y padecer tormentos inmensos en la eterna. El fruto de esta meditación será: Confesarte bien antes de comulgar.

¡Oh Señor! Otórgame la merced necesaria para disponerme convenientemente á la Comunión. ¡Oh María, Espejo sin mancilla! Ayúdame á conseguir una contrición perfecta á fin de poder participar como debo de la Carne inmaculada de vuestro Hijo. Amén.

MEDITACIÓN XV

Ventajas inmensas que resultan de comulgar á menudo.

Figúrate que ves al Salvador sentado sobre el trono del Sagrario, y que, dirigiéndose á los cristianos, pronuncia estas palabras: Todos los sedientos, venid á las aguas.

Punto I.—Pondera que la vida del espíritu necesita, á más de alimentos sanos, que sean continuos; porque de nada aprovecharía al cuerpo tomar de una vez muchos manjares, si luego hubiese de estar un mes ó un año sin volverlos á tomar. Del propio modo, el alma que recibe de tarde en tarde su manjar, principalmente el de la santa Eucaristía, va perdiendo las fuerzas adquiridas, hasta que se le extinguen por completo, al sumirse en el abismo del crimen. La vida divina que Jesucristo Sacramentado presta al espíritu, viene á desaparecer con el tiempo, no porque sea de sí defectuosa, sino porque, estando el espíritu combatido terriblemente por los enemigos, no es fácil salga victorioso en la lucha emprendida como no sea con las fuerzas que le proporciona el Sacramento. De ahí que nos es necesaria la percepción continuada del Manjar eucarístico, tanto más cuanto que es voluntad expresa de Cristo, N. Señor, al decirnos por su evangelista: Venid á mí todos cuantos andáis oprimidos y trabajados que Yo os aliviaré. Pondera bien esta palabra: *ego reficiam*, Yo restauraré tus fuerzas perdidas ó debilitadas con la fuerza de vida que te doy en mí

Sacramento. Aquí descubrimos una chispa más del fuego que devora á Jesús por nuestra salvación. Se constituye por medicamento corroborante, y, comoregonero que da voces desde la vía pública del Tabernáculo, nos llama á que nos fortalezcamos con el tónico específico de la Eucaristía. ¡Qué bondadoso es Jesús! cuán amable, cuán amante de sus hijos! No creas, no, que la práctica de la Comunión frecuente es una exigencia de la devoción: es un deseo formal del Concilio Tridentino, y antes de Él los apóstoles y los primeros fieles, y después de Él todos los buenos católicos comulgaban todos ó casi todos los días. ¡Ah! es que para ser cristiano es preciso vivir de Cristo, y nadie posee esta vida, si no se incorpora muchas veces, al menos con el deseo, al Cuerpo de Jesucristo Sacramentado.

Punto II.—Es muy difícil y hasta moralmente imposible evitar los vicios y pecados sin la recepción frecuente de la S. Eucaristía. La razón está en que el alma, combatida de las pasiones y sus similares, no posee fuerza suficiente para desentenderse de ellas sin la gracia del Sacramento eucarístico. He ahí por qué es conveniente al católico, que no quiere perder de vista su salvación, llegarse todo lo posible á esa fuente de amor, cuyas frescas y ricas aguas se deslizan mansamente por el Tabernáculo. Así como del trato familiar con un amigo adquirimos ciertas palabras en el lenguaje, ciertas formas en el trato, ciertas ideas en el pensar y hasta ciertas costumbres en el obrar, que no eran nuestras sino del amigo, así quien trata familiarmente con Jesucristo por medio de la Comunión, llega á identificarse con Él, y su pensar, querer y proceder tienen muchos puntos de contacto con el proceder, querer y pensar del Salvador.

Los pretextos que se aducen para dejar de comulgar con frecuencia tienen escaso ó ningún fundamento en la presencia del Omnipotente. Quien tiene amor á su salvación eterna encuentra tiempo y lugar para comer de ese Pan celestial que nutre á los bienaventurados. He ahí por qué te debes mover á encendidos deseos de participar de la Vianda eucarística sin temor á los negocios y al qué dirán de los

hombres. ¿Quieres tener deseos de agradar á Dios? Comulga con frecuencia. ¿Quieres obedecer puntualmente sus preceptos? Comulga con frecuencia. ¿Esperas ser feliz en este mundo con la felicidad del justo? Comulga con frecuencia. ¿Anhelas por salvarte? Comulga con frecuencia. Sí: practica esta santa obra siempre que buenamente puedas, con las disposiciones convenientes, y verás lo que es Dios para los suyos, y el dominio que poseerás sobre ti y sobre el mundo. Obtén de esta meditación propósito firme de comulgar en todas las festividades de la Virgen para que ella te estimule á la Comunión frecuente.

¡Oh Señor de las virtudes! Comunícalas á mi alma cuando reciba la Hostia Inmaculada, arsenal donde están depositadas. Pero Vos ¡Reina de la gracia! sois la que me ayudaréis á conseguirlas. Amén.

MEDITACIÓN XVI

Sobre las visitas á Jesús Sacramentado.

Contempla al Redentor, quien desde la Hostia Sagrada te llama para que le hagas compañía en la soledad del Santuario.

Punto I.—Medita que Jesucristo, N. Señor, te espera con solicitud en el templo para abrirte su divino Corazón, expansionarse contigo y colmarte de reiteradas mercedes. Todo esto lo causa el amor que te profesa, que raya en lo infinito. Por esta razón pondera lo primero, que Él te espera para abrirte y enseñarte su Corazón. El amable Salvador sufre continuamente las ingratitudes y desprecios de los hombres; apenas hay quien se acuerde de su estancia entre nosotros; busca un corazón que le acompañe á sufrir y que oiga sus clamores; pretende contarle todas sus quejas que son amargas y sus penas que son atroces. ¿No serás tú uno de los verdaderos amigos de Jesús? Pondera lo segundo, que en ese lugar sacratísimo del Tabernáculo, oficina don-

de se elaboran tantas gracias, se ha aprisionado el Salvador para recordarnos el amor infinito que nos profesa; quiere que le abras tu corazón como Él te ha abierto el suyo, y que le refieras una á una todas tus cuitas y necesidades y esperanzas. ¿No querrás tú acercarte á Jesús para que Jesús te diga una palabra de cariño? Pondera lo tercero, que el Salvador te espera en el Sacramento con las manos llenas de gracias para derramarlas sobre tu alma; son muchísimos los que las menosprecian; son también muchos los que, indiferentes, se olvidan de llegarse al templo. ¿Querrás ser tú uno de tantos? No, alma cristiana. ¿Ves la soledad, la pasión, la tristeza de Jesús? conoces los ultrajes y los agravios que se le infieren? Pues es deber tuyo el acercarte al Sagrario para gemir y sufrir con el Salvador, para desagraviar sus injurias y recibir el bien que espera concederte. Si eso no practicas nada haces por tu Dios.

Punto II.—Las ventajas que se obtienen de visitar al Redentor sacramentado son inmensas. El profeta nos exhorta á que nos acerquemos á Jesús para ser iluminados. Los que buscamos luz en las dudas y serenidad en las turbaciones, ¿por qué no nos llegamos á los pies del Salvador, solicitando envíe un rayo de luz que disipe la duda y calme la tormenta?—Todos los sedientos venid á las aguas, dice el Hombre-Dios, y los que no tengáis dinero tomad, comed de este Pan y bebed de este Vino que os he preparado— como si dijera: los que aspiráis á la virtud, los que anheláis por la perfección venid á estas puras aguas del Sagrario que, mucho más eficaces que las de Síloe, os devolverán la salud del alma.—Sois unos desgraciados, añade, los que me habéis abandonado á mí que soy fuente de agua viva, de ese agua que salta hasta la vida eterna, y en mi lugar habéis preferido cisternas rotas que no contenían agua, y allí habéis perecido de miseria.—¡Ay! cuantas veces no has ido tú á buscar el consuelo y la satisfacción en deidades mentidas, y en ellas has cifrado tu felicidad como si pudieran dártela, abandonando á Jesús que en el Sacramento te esperaba para consolarte verdaderamente y concederte ese

gozo y satisfacción que buscabas..? Anímate á presentarte en el templo santo, siempre que tus ocupaciones lo permitan, y, buscando un rincón desde donde puedas fijar tus miradas en el Tabernáculo, haz propósito de quedarte allí un buen rato para tratar con Jesucristo Sacramentado el arduo negocio de tu salvación.

¡Oh Jesús, mi amor! tocad mi corazón para que despierte y se levante de su espiritual postración con objeto de que guste ir á vuestra santa Casa para visitaros. ¡María, Madre mía! animadme para que no desista de mi buen propósito. Amén.

MEDITACIÓN XVII

Amor de Jesús en la institución de la S. Misa.

Haz cuenta que ves al adorable Salvador que viene hacia ti con pesada cruz al hombro y que te dice amorosamente: Voy á ser sacrificado de nuevo por ti en el Altar.

Punto I.—Nuestro Señor, con haber sufrido tantas penas y tormentos en una cruz, y con haber satisfecho plenamente á Dios Padre la deuda del género humano, quiso por amor á los hombres sacrificarse más veces en otro altar, idéntico al de la Cruz en sus efectos, pero diverso en el modo. Pondera bien esta singular fineza, este nuevo modo de afecto hacia ti y notarás que, habiendo sido suficientísimo el sacrificio del Calvario, todavía N. Señor, en concepto del amor que te profesa, ha querido merecer más por medio del Sacrificio del Altar, ha querido que tú vieras la memoria eterna que tiene de ti y las obras que por ti lleva á cabo, pues quien se deja inmolarse millares de veces al día en diversos puntos por tu bien temporal y eterno da á entender que no tendría inconveniente de ser inmolado otras tantas en el patíbulo horroroso del Gólgota, si preciso fuere. No olvides que Jesús, á fin de lograr estos apetecidos fines, piensa en instituir el Sacrificio eucarístico, no sólo temporal, sino perpetuamente, para que su acción é influencia durase mientras

el mundo existiese. Y puedes considerar á Jesús que repasa en su memoria las generaciones de todos los tiempos y que se acuerda también de ti, por ignorado que seas del mundo, ó por obscuro que sea tu linaje, á fin de aplicarte los méritos que de este Sacrificio se obtienen. ¡Qué amor tan tierno y excesivo! Gracias te doy, oh Señor, por este nuevo beneficio, y en agradecimiento de él te suplico me concedas la merced de que me sacrifique, á imitación tuya, por mis hermanos, no importándome ningún bien temporal por la salvación eterna de los mismos.

Punto II.—El Altísimo había ordenado en la Ley antigua que se le ofrecieran sacrificios cruentos de reses, los cuales podían muy bien perdonar los pecados si en los oferentes había contrición de sus culpas y fe profunda en el Mesías que había de venir. Mas, el pueblo escogido, ingrato á su Hacedor, le ofrecía reses inútiles, por lo cual quejóse amargamente su Majestad divina y decidió no acordarse más de los sacrificios de su pueblo, queriendo que fuesen reemplazados por el sacrificio de la Nueva Ley que, á más de tributar al Excelso una gloria infinita, á más de rendirle un culto cual se merece, resulta para los cristianos un tesoro inagotable de bienes. Pondera con detenimiento todas las ventajas del Sacrificio eucarístico sobre el sacrificio hebreo, y reflexiona sobre el amor de tu amante Jesús que, ardiendo en vivas llamas por tu santificación, ha fijado su augusta residencia en tu nación, en tu pueblo y quizá muy cerca de tu casa para que vayas á verle y adorarle, y sobre todo para hacerte mejor ciudadano, haciéndote buen cristiano. Da gracias á su divina Majestad por este inmenso beneficio, y como fruto práctico de esta meditación, considerarás una vez cada semana, por el espacio de media hora, las ventajas del Sacrificio del Altar.

¡Oh mi amor sacrificado! Haced que yo también me sacrifique á mí mismo y sacrifique mis gustos y afectos terrenos. ¡Virgen de los Dolores! Vos que os sacrificasteis con vuestro Hijo en la Cruz, estimuladme y ayudadme para que guarde mi propósito. Amén.

MEDITACIÓN XVIII

Esencia del Sacrificio del Altar.

Represéntate al Salvador que, en forma de manso Cordero, está sacrificado en el Altar, y de su Costado sagrado corre una fuente de sangre.

Punto I.—El S. Sacrificio de la Misa es una perfecta inmolación que Jesucristo hace de sí mismo á su Eterno Padre; es una viva memoria del Sacrificio del Calvario, y una perfecta renovación del martirio del Hombre-Dios en el Gólgota. Jesucristo en el Altar se ostenta abatido ante su Genitor, como estrangulado y muerto por salvar á los hombres. Por esta razón puedes considerar el acto heroico en infinito grado que ejecuta el Salvador en la Misa, pues, no pidiéndole su Padre más sacrificio que el de la Cruz, empero Él anhela repetir ese precioso holocausto infinidad de veces por amor al hombre. Atiende á la humildad del Redentor, á su abatimiento y á su especie de aniquilamiento personal, y así podrás contemplarle Cordero inocente muerto sobre una patena, y que su santísima cabeza está profundamente inclinada hasta el suelo, y que, eclipsados sus ojos, extenuado su Cuerpo, y habiendo expirado, te dice con mudo lenguaje:—Vedme aquí dispuesto á sufrir de nuevo los atropellos de la calle de Amargura y los suplicios del Calvario.—Este adorable Sacrificio es una memoria del Sacrificio del Calvario, pero una memoria tan viva, adecuada y perfecta que es imposible inventar otra semejante. No es la Creación, ni la Encarnación la obra en la que más se precia el Altísimo: es la Redención, la Pasión y Muerte de su Hijo bendito que experimentó por nuestra salud. La razón está en que le costó á Él su propia sangre. Para que el hombre tuviera, pues, un recuerdo perenne de este beneficio instituyó el venerable Sacrificio de la Misa que, cada vez que es celebrado, nos hace memoria de los trabajos su-

fridos por el Señor en la santa Cruz. Gracias os doy, Redentor mío, por una merced tan grande, y haced que jamás la olvide para que tampoco desconozca la gratitud que por ella os debo.

Punto II.—La santa Misa es una exacta renovación del Sacrificio del Calvario. En el altar eucarístico se reitera la Pasión del Señor y se repite su muerte, diferenciándose del de la Cruz únicamente en el modo: pues en éste derramó Jesucristo la sangre físicamente, mas en aquél la derrama moralmente. Ambos sacrificios surten idénticos efectos: porque si el del Calvario causó la redención de los hombres, el del Altar aplica esta gracia sin igual. He ahí por qué son muchos los beneficios que se nos conceden por medio de la santa Misa. En primer lugar podemos tributar á la Divinidad toda la gloria que se merece con creces; porque el que se ofrece es el Hijo de Dios, de virtud y mérito infinitos, y nosotros ofrecemos la Misa con el Hijo de Dios. ¿Por ventura no agrada al Padre el Sacrificio de su Hijo? Si aceptó el de la Cruz con más razón aceptará el del Altar, pues todos sus méritos están ya contraídos. Pero; ¿te has ofrecido tú con la humildad que mostró Jesucristo á su Padre? Piensa que para que el Señor acepte tu sacrificio es indispensable que se asemeje en algo al del Redentor. ¡Ah! cuánto vale el Sacrificio del Altar! Los fieles unidos á Jesús son otros nuevos hijos del Altísimo que hacen fuerza al Omnipotente para que oiga sus peticiones y las despache favorablemente. Examínate y recuerda si has procurado unirte en la oración al Hombre-Dios para dar culto debido á la augusta Trinidad, pues es deber tuyo y deber primario, que cumplirás si celebras ú oyes Misa con la atención, reverencia y puridad convenientes. Saca de esta meditación deseos de sufrir con Jesús y de sacrificarte por tus hermanos.

¡Oh dulce Redentor! Desde ahora me uno á vuestra intención, suplicándoos humildemente me admitáis en el número de vuestros amigos. Y Vos ¡Reina de los serafines! haced propicio á vuestro santo Hijo para que esta oración no deseché. Amén.